
Centroamérica y Panamá: movimientos sociales juveniles y proyecciones hacia el nuevo siglo. Elementos para el debate (1996)

◀ Bolívar E. Franco*

“La juventud latinoamericana actual tiene rasgos que la hacen diferente de las de otras regiones, y diferente también de las juventudes de la región en el pasado. Se encuentra en la conjunción entre dos grandes procesos históricos: uno es el ciclo de la transformación estructural de las sociedades latinoamericanas, que cambiaron, con diversa intensidad y ritmo, a partir de la posguerra; el otro es el de la crisis económica de los ochenta, que puso de relieve las insuficiencias de los modelos de desarrollo existentes. La juventud tiene un papel crucial en ambos procesos. Por su enorme peso en la estructura de edades de la región, fue primero objeto del proceso de incorporación a las formas modernas de organización social; luego, cuando la recesión frenó o desarticuló la modernización, pasó a ser un grupo de edad particularmente afectado por la exclusión”

Germán Rama

Hablar de la juventud no es fácil, más aún cuando el concepto de juventud se utiliza de forma tan generalizada (y a la ligera), como si los jóvenes fuesen un grupo homogéneo con pensamientos, ideas y comportamientos comunes. A mi juicio la juventud debe ser entendida como una etapa de la vida humana que en gran medida marcará nuestras actuaciones futuras. Es una etapa en sí, que encierra experiencias nuevas, aprendizajes, frustraciones, adaptaciones o inadaptaciones, al contexto social en el cual viven y se desarrollan los jóvenes (en otras palabras se les socializa para vivir en sociedad). En ese sentido, hablar de la juventud como movimiento social amerita una visión mucho más compleja, ya que debe ser analizada en función del momento histórico, social, económico y político que vive cada país. En esta breve exposición tocaremos algunos elementos que nos parecen de vital importancia a la hora de analizar a la juventud.

* Licenciado en sociología. Postgrado en Educación Superior por la Universidad de Panamá. Profesor de sociología. Investigador asociado del Centro de Estudios Latinoamericanos, CELA, “Justo Arosemena”.

1. El panorama general para el caso centroamericano

En cuanto a Centroamérica, tenemos que ésta cuenta con una población aproximada de más de 30 millones de personas, de las cuales una cuarta parte esta conformada por jóvenes y adolescentes (Solum y Mendoza, 1996: 1). Después de vivir una guerra civil, por casi dos décadas, que dejó profundas huellas en las sociedades centroamericanas y en los movimientos sociales que dentro de ella se gestaron, se han experimentado cambios en los últimos tiempos.

Gobiernos civiles asumen el poder luego de la contienda electoral, los militares retornan a los cuarteles, se busca la negociación para dirimir conflictos, los derechos humanos están en la agenda de todos los gobiernos (por lo menos en las agendas), en fin, un sinnúmero de mecanismos con los cuales se pretende dar respuestas a las exigencias de una población sumida en su gran mayoría en la pobreza. En la actualidad más de 20 millones de centroamericanos viven en la pobreza.

Por otro lado y en la otra cara de la misma moneda, tenemos la aplicación de políticas económicas con las cuales se pretende dar respuesta a la ineficiencia del Estado desarrollista, lo que hasta la fecha conlleva en sí el empeoramiento de las condiciones sociales de la población. Son políticas que buscan disminuir el papel del Estado en la sociedad cediéndole al mercado un papel organizador preponderante. Estos cambios se producen con diferencias substanciales en cada país, pero en el fondo llevan la misma receta: reestructuración del Estado, privatizaciones, etcétera.

2. Los movimientos juveniles en Centroamérica: una aproximación teórica

Tal como lo planteamos al inicio, hablar de los movimientos sociales juveniles en Centroamérica no es fácil. Primero, porque no existen indicios de un movimiento juvenil que luchara como tal, por los intereses de los jóvenes. Nos encontramos, más bien, con jóvenes que luchan desde distintas organizaciones e instituciones por cambiar las estructuras de dominación, por modificar el sistema existente, por ser reconocidos. En este sentido, podríamos decir, tratando de categorizar al movimiento “juvenil”, que éste se convirtió en un movimiento reivindicativo. Aquí no pretendemos más que sustentar nuestras ideas en algunas de las teorías propuestas sobre los movimientos sociales y cómo se aplican a los movimientos juveniles o estudiantiles en Centroamérica, para luego entrar al caso concreto de Panamá.

Tal como nos dice Melucci,

“un movimiento reivindicativo se sitúa al nivel de la organización social y lucha contra el poder que garantiza las normas y los roles; un movimiento

de este tipo tiende a una redistribución de los recursos y a una reestructuración de los roles. La lucha ataca sin embargo las reglas mismas de la organización saliendo de los procedimientos institucionales” (Melucci, 1988: 110).

Es por ello que podríamos hablar más de movimientos sociales estudiantiles, que se caracterizaron por mantener luchas reivindicativas, por cambios en las políticas sociales, por mejores presupuestos para las escuelas, por autonomía en el caso de las universidades, y que en cierto modo estuvieron influenciados por las corrientes revolucionarias (principalmente de izquierda) de ese momento.

Por otro lado, el aporte de los jóvenes en los movimientos insurgentes fue de vital importancia, así como su participación en los movimientos sindicalistas obreros y campesinos. Otro punto que no debe ser dejado de lado, es su convicción nacionalista y antiimperialista, que en Centroamérica fue muy evidente entre los grupos juveniles universitarios.

En los años sesenta se dio una revolución en la forma de pensar, que afectó en gran medida a los jóvenes en contra de las imposiciones y los valores instituidos. Helio Gallardo nos dice:

“En este clima, en el que las instituciones básicas (la propiedad, las iglesias, el Estado, la sexualidad, la educación) más que pensadas, eran enfrentadas y alternadas, muchos jóvenes, no la juventud, se quisieron (valoraron) a sí mismos, desde la variedad de sus circunstancias, mediante roles protagónicos que ellos mismos se construían (las instituciones de la dominación, para contrarrestar el mal ejemplo, reforzaron y propagaron, con más medios, la imagen del «rebelde sin causa»)” (Gallardo, 1996: 2).

Una de las ideas eje para minimizar el valor de las protestas de los jóvenes contra el sistema, que se escuchaba en los medios de comunicación, en las escuelas y en la sociedad en general, era que ese grado de rebeldía –principalmente cuando los jóvenes pertenecían a un grupo de izquierda– era pasajero y se debía más a su desarrollo hacia la etapa adulta. Sobre este punto nos dice Gallardo que como movimiento social, es decir, como procedimiento y proclama,

“los jóvenes se manifestaron masiva y explosivamente por una sociedad humana (con contactos humanos, como el diálogo y el amor), construida por oposición a los realismos implacables derivados del mercado...” (Gallardo, 1996: 2).

Otro factor que interviene en el desarrollo de los movimientos sociales, en especial de los movimientos estudiantiles, es el grado de dependencia de las sociedades en donde se desenvuelven. Ese contexto es vital a la hora de analizar los movimientos sociales en nuestros países.

3. Los movimientos juveniles en las sociedades dependientes

Es innegable que los movimientos sociales en los países dependientes, caso específico de Centroamérica, son distintos de los movimientos en los países desarrollados. Aquí no nos referimos a movimientos *hippies* o *rockeros* y quizás tampoco a las subculturas que de ellos se derivan. Nos referimos a movimientos estudiantiles o de jóvenes, que buscaban cambios en el sistema capitalista dependiente, en las desiguales condiciones de vida de los ciudadanos, y que veían en la intervención norteamericana una de las mayores injusticias y una afrenta a la soberanía nacional; hablamos de que enarbolaban las consignas del latinoamericanismo y el antiimperialismo.

Ahora, es claro que las expresiones de los movimientos juveniles o de estudiantes no se expresaban sólo a través de las marchas y protestas o de la incursión armada. Otro tipo de expresión en contra del sistema se ve o se palpa en la música de protesta o música nueva trova, en el teatro alternativo o de vanguardia, en publicaciones literarias, en la pintura, etcétera.

Claro está, estos grupos mantuvieron ciertas debilidades estructurales y parecían más bien movimientos coyunturales. Como nos dice Touraine,

“la especificidad de los movimientos sociales, de las sociedades llamadas dependientes o periféricas, consiste en su debilidad, debido al dualismo que persiste al interior del movimiento, producto de la falta de integración de las diferentes formas de acción colectiva (su accionar defensivo frente a la clase dominante capitalista) y de la acción crítica (la lucha contra el orden establecido, que descansa en las contradicciones del sistema)” (Touraine, 1988: 80).

La debilidad de los movimientos sociales, como es el caso del movimiento estudiantil, en los países de la periferia, guarda relación con la débil formación que tienen, propia de las características de desarrollo de las sociedades subdesarrolladas. Por otra parte, la formación de la clase obrera latinoamericana pareciera haber crecido distanciada del movimiento campesino: no se dio una proyección en conjunto de estos dos sectores; pareciera, y hasta cierto punto era así, que sus intereses fueran distintos, y a esto se suma el movimiento estudiantil.

La penetración extranjera también juega un papel determinante en esta formación. Ahora bien, nos parece que lo más paradójico de todo esto es que el Estado, aquel Estado que contradictoriamente contribuye al sometimiento de la clase obrera –o del pueblo en general– es el que contribuye a la organización de los movimientos sociales.

Siendo así, es claro que los movimientos sociales, en especial el movimiento estudiantil, tenga una deformación desde sus inicios, lo que se ha agravado en los últimos tiempos con la apertura del mercado y la desregulación laboral. No nos es posible imaginar lo planteado por Touraine, sin imaginar el caso paname-

ño. Dirigencias sindicales respondiendo a intereses de los sectores dominantes, completamente desligadas de sus bases. De igual manera se coptó la dirigencia estudiantil: la Federación de estudiantes de Panamá, FEP, antes poderosa organización estudiantil (en la década de los sesenta e inicios de los setenta), pasó a ser parte de las políticas educativas de ese entonces, lo que la llevó a su desgaste y finalmente a su desaparición.

Según Touraine, en las sociedades dependientes o periféricas el hecho más visible es la coexistencia sin integración verdadera de las diferentes formas de acción colectiva de los movimientos sociales por un lado, y de la acción crítica por el otro. Añade que cada una de esas formas parece llevada incluso al extremo de una estructura dualista. El dualismo es un atributo fundamental de una sociedad dependiente. Nos explica Touraine, además, que si nadie puede aceptar hoy en día las primeras formulaciones de esta noción –la simple yuxtaposición de regiones ricas y de regiones pobres– corresponde perfectamente a la índole de una sociedad dependiente el hecho de que no constituya un mercado nacional, que una parte de la producción, la más importante y la más dinámica, esté ligada al sistema capitalista internacional y no difunda el efecto de arrastre en el resto del país, manteniendo en una posición subordinada reserva de materias primas, de hombres y a veces incluso de capitales, explotado por el sector internamente dominante y externamente dominado.

Plantea, en ese sentido, la cuestión de la oposición entre fracciones en las clases populares (lo que se aplica también al movimiento juvenil) debido en parte a la profesionalización, las diferencias salariales y las diferentes condiciones laborales que crean esa situación. Agrega además que ese fraccionamiento y división dentro del movimiento popular es la característica más visible en las sociedades dependientes. Como todo movimiento social, debe ser definido en términos de clase, pero la clase que representa está cortada en dos por el dualismo económico y social. De otro modo, cómo explicar que el movimiento estudiantil estuviera dirigido en primera instancia por quienes tenían acceso a la educación, la clase media, y en menor medida por los hijos de los obreros.

Siguiendo esta línea es entendible, según Touraine, que:

“la acción de clase no escape al desgarramiento entre una acción demasiado rápidamente negociada e incorporada al juego político y una ruptura-retirada que se organiza en torno de los aspectos más defensivos del movimiento popular. De allí la importancia en el vocabulario político, así como en la política social, de actores definidos en términos bastante vagos, más bien por la defensiva que por la contraofensiva, más bien por un conflicto en torno de sistemas de representación social que por un enfrentamiento dinámico en el sistema de producción” (Touraine, 1988: 83).

Touraine nos menciona también las tres dimensiones de los movimientos sociales, en las sociedades dependientes, conformadas por la clase, la nación y la

modernización. Es decir, sólo se habla en nombre de una clase contra otra clase (lucha de clases), en nombre de la nación contra el extranjero dominador, en nombre de la modernización e integración contra la tradición y su comportamiento. El sentimiento nacionalista y modernizante, a diferencia de la acción de clase, crea desorganización. En las sociedades periféricas, penetradas por la burguesía extranjera, estas tres dimensiones están débilmente relacionadas y los movimientos sociales son frágiles. En esa medida, el Estado juega un papel importante, según Touraine, en la conformación de los movimientos, ya que en una sociedad partida en dos por la penetración extranjera, el Estado cumple un papel unificador.

Hoy día nos encontramos con escasos y débiles movimientos juveniles que luchan por asuntos de interés inmediato. Sus luchas no se proyectan más allá del momento en que están viviendo. Es decir, sus luchas no son por cambios radicales como en otras épocas. La excusa del momento es que los tiempos cambian, y con ellos los movimientos juveniles. Aunque hay que tener en cuenta que todo cambio no necesariamente es positivo.

4. Una cultura *light* para los jóvenes

Muy entrelazado a lo anterior, nos encontramos con un nuevo tipo de cultura que estimula el individualismo y el egoísmo. Es una cultura, como diría Sartori, para el *homo videns* en donde priman las imágenes y el no pensar se convierte en la regla y no en la excepción.

Al respecto, nos dice Francisco Beens que:

“antes en las librerías, las obras de los grandes revolucionarios estaban a la vista de todos: el Che, Mao, Kim-Il-Sung, Marx... Hoy día estas obras han sido reemplazadas por los libros y revistas *light* de naturismo, el cuidado del cuerpo, las técnicas sexuales, la dietética, el maquillaje, la moda, «la psicoterapia al alcance de todos», «cómo vencer la edad adulta» (...) el hombre de la posmodernidad no se deja guiar por la razón sino por la emoción. Vive una vida *light*, sin definiciones, sin consistencia y sin mayores compromisos. Tampoco tiene grandes ideales ni aspiraciones” (Beens, 1996: 45-46).

Definitivamente éste es otro elemento a analizar en el desarrollo y desenvolvimiento de la juventud actual, ya sea como movimiento social o como un individuo más en nuestra sociedad.

Es preocupante ver, principalmente para los profesionales que tenemos algún tipo de experiencia en la docencia, que los jóvenes no tienen interés en participar en los procesos de enseñanza-aprendizaje que se dan en las aulas de clase a nivel universitario, que su interés está en obtener una nota o calificación que les permita pasar los cursos o ganarse un título. Lamentablemente parece que sus expectativas en cuanto al futuro no les permiten analizar cuál es su papel en la sociedad o entender el mundo en el que se encuentran.

Sentimos, al respecto, que falta mucho por hacer en el ámbito de la educación. Es necesario modernizar las estructuras educativas y los currículos de las diferentes carreras que se dictan en las universidades. Es necesario, además, que los docentes aprendan a enseñar a aprender a los estudiantes como mecanismo para obtener el conocimiento necesario que servirá al futuro profesional, no sólo en el campo laboral sino en su diario vivir.

Los medios de comunicación social parecen ser otro elemento digno de estudiar debido a su influencia sobre la juventud. Si a un sistema educativo en crisis le sumamos los medios de comunicación que en una gran medida contribuyen a la malformación de los jóvenes –más que a informar contribuyen a desinformar– tenemos un cuadro dantesco. Una pregunta que cabe realizar es “¿Quiénes se benefician con una juventud mal formada, con una educación débil y con unas expectativas poco alentadoras sobre su futuro?”

Hasta aquí tenemos algunos elementos de discusión sobre la situación de la juventud, que, si bien no parecen muy halagadores, nos brindan un panorama general que puede cambiar en cualquier momento, pues los jóvenes tienen la dinámica y la fuerza para hacerlo. En este marco, veamos un poco la situación de la juventud panameña.

5. La juventud panameña entre la pobreza y la exclusión

Panamá es un país con apenas 2.800.000 personas, en su mayoría compuesto por jóvenes. Un 32.5 por ciento de estos jóvenes tiene menos de 15 años de edad. Amplios sectores de la población panameña viven en condiciones de pobreza. Tal como nos dice la *Estrategia Nacional del Ambiente* (volumen 1/7), relacionada a los aspectos físicos, económicos y sociales de Panamá: “En 1997, a través de la Encuesta de Niveles de Vida que incluyó, por primera vez, a la población indígena y de difícil acceso (...), se estimó que un 37.1 por ciento de la población se encuentra en situaciones de pobreza y un 22 por ciento en extrema pobreza” (Autoridad Nacional del Ambiente, 1999: 20). Esto nos brinda una pequeña idea de la sociedad de la que hablamos, en donde la desigual distribución de la riqueza es uno de sus mayores males.

El desempleo (al parecer un fenómeno recurrente en toda América Latina) es otro de los grandes males en Panamá y se encuentra muy ligado al problema de la pobreza. Aproximadamente un 15 por ciento de la población panameña económicamente activa se encuentra desempleado. Los jóvenes son uno de los sectores más golpeados por el desempleo. “El 46 por ciento de los desempleados pertenecen al sector joven de la población económicamente activa. Las estadísticas señalan que por cada 100 jóvenes menores de 25 años, 27 no logran un puesto de trabajo. Esta discriminación es más notoria entre las mujeres jóvenes, cuya tasa específica de desempleo superó el 35 por ciento en 1995” (UNICEF, 1997: 33). No es difícil entender, entonces, la frustra-

ción que sienten muchos jóvenes, que no ven un futuro muy alentador, aun cuando tienen posibilidades de llegar a terminar sus estudios universitarios.

En este contexto y sin mencionar otros datos que contribuirían a darnos un panorama más sombrío, encontramos a la juventud panameña en los umbrales del siglo XXI. Podemos añadir a esto la exclusión de la juventud en lo que a su participación política y social se refiere. Si bien no contamos con datos sobre un tema tan poco estudiado, podemos decir que existe un creciente malestar de los jóvenes en lo que se refiere a la política: no existe confianza en las instituciones políticas (o en quienes las dirigen), pero a la vez tampoco hay iniciativas contundentes de participación por parte de la juventud desde la sociedad civil.

Parece que las únicas iniciativas en ese sentido se dejan ver en las organizaciones de Derechos Humanos y las organizaciones ambientales, en las cuales los jóvenes tienen alguna participación. Un ejemplo palpable de este malestar hacia las instituciones políticas tradicionales se pudo constatar en la acogida, por parte de grandes sectores de la juventud, en las elecciones de 1994, del Movimiento Papa Egoró dirigido por el cantautor de música salsa Ruben Blades. Lamentablemente esta agrupación tuvo una vida efímera y no mantuvo las expectativas de la juventud que le apoyó en un primer momento, lo que la llevó a su extinción.

6. La juventud panameña y el Canal de Panamá

Recientemente, hemos visto el traspaso a pleno control y jurisdicción panameña del Canal de Panamá. En ese sentido, podemos decir, tal como queda registrado en la historia patria, que la juventud jugó un papel esencial en la lucha por lograr la plena soberanía panameña sobre el Canal.

Desde la independencia de Panamá, los movimientos populares, en los cuales la juventud siempre estaba presente, jugaron un papel protagónico para lograr el respeto y la independencia negada por los Estados Unidos.

El Movimiento de Acción Comunal, el Movimiento Patriótico Nacional, la Federación de Estudiantes de Panamá, dieron su cuota en acciones y manifestaciones de repudio a las intromisiones norteamericanas, que en muchos casos costó la vida de jóvenes panameños con ideales y convicciones firmes, armados sólo con el valor de saber que la razón les asistía. Hoy los resultados están a la vista; no ha sido fácil, ha costado a los panameños muchas humillaciones entre invasiones y ocupaciones militares por parte de la potencia más grande del mundo.

A pesar de ello, la juventud actual en Panamá dista mucho de aquella conformada por los jóvenes aguerridos, críticos, estudiosos de la sociedad, de los conflictos sociopolíticos, culturales y económicos de los años sesenta. Más bien es una juventud aletargada cuya dirección está encaminada a vivir el presente sin importar el pasado ni el futuro. Es decir, encontramos a una juventud muy ligada

al fenómeno de la cultura *light* o a una forma de vida *light*. Muy superficial y sin ánimos de esforzarse por nada. Sin embargo, no queremos sólo proyectar una visión negativa del problema, ni convertirnos en voceros del fatalismo.

Claro que existen jóvenes estudiosos y con deseos de superación, jóvenes con capacidad crítica, pero son los menos. Y es que no debemos olvidar que la juventud no existe sola ni aislada sino que, como dijimos en un primer momento, debemos analizarla en su contexto general, como producto de un sistema.

7. Consideraciones finales

El estudio de la juventud no es fácil, en cuanto que no se le puede ver desde una perspectiva homogeneizada. Las características propias de la juventud son variadas y deben ser analizadas en el contexto en el cual se desarrollan, aunque no se pueda negar que ciertos problemas por los que atraviesa la juventud latinoamericana sean recurrentes (pobreza, desempleo, identidad, participación política, entre otros).

Si bien el contexto socioeconómico y político cultural ha sido adverso a la juventud, y esto cabría para toda América Latina, el mayor potencial (o riqueza) que pueden tener nuestros países se encuentra en su juventud: es ella la llamada a realizar los cambios que logren llevar a nuestros países por mejores caminos, con prosperidad y desarrollo.

En el caso panameño, cabe señalar que la juventud ha jugado un papel muy importante en las luchas por nuestra soberanía. Hoy día la juventud panameña, al igual que en el resto del continente, pasa por una seria crisis propia del sistema en que se encuentra inserta. La apatía propia de los jóvenes hacia la política quizás deba ser enfocada más como el rechazo a políticas tradicionales que como la falta de motivación e interés.

¿Qué hacer?, es la pregunta. Vivimos tiempos difíciles para los movimientos sociales juveniles (y los movimientos sociales en general). La juventud parece frustrarse ante su impotencia para lograr cambios significativos. Nos parece que la integración a movimientos ecologistas, de derechos humanos y su inserción lenta pero cada día más significativa en el campo político tiene sus virtudes en estos momentos. Ocurre que los jóvenes pueden encontrar desde estas organizaciones espacios de participación que les permitan ser escuchados y desde donde puedan tener algún tipo de injerencia sobre los asuntos que les interesan o que en un momento dado les afectan. No queremos decir con ello que los jóvenes son revolucionarios por naturaleza, pero sí que en ellos se encuentran las inquietudes esenciales para lograr cambios significativos en nuestras sociedades, que las potencialidades de la juventud son cuasi ilimitadas y que si no creemos en ellos, para bien o para mal, dejaríamos de creer en el futuro de la humanidad.

Bibliografía

Autoridad Nacional del Ambiente 1999 *Estrategia Nacional del Ambiente. Aspectos físicos, económicos y sociales de Panamá* (Panamá, Autoridad Nacional del Ambiente), vol. 1/7 .

Beens, Francisco 1996 *El reto de la cultura actual*, segunda edición (Panamá: Universidad Santa María La Antigua).

Donas, Solum y Mendoza, Arnoldo 1996 *Adolescencia y juventud en Centroamérica y República Dominicana en los años 90* (San José: OPS/OMS).

Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia 1997 (1995) *Panamá, la niñez y la mujer en la encrucijada del año 2000*, segunda edición (Panamá: Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, UNICEF).

Gallardo, Helio 1996 “Jóvenes y juventud: una presentación”, en *Revista Pasos* (San José: Departamento Ecuménico de Investigaciones [DEI]), n° 6.

Melucci, Alberto 1988 “Las teorías de los movimientos sociales”, en *Cuadernos de Ciencias Sociales* (San José: FLACSO), n° 17.

Touraine, Alain 1988 “Movimientos Sociales e Ideología en las Sociedades Dependientes”, en *Cuadernos de Ciencias Sociales* (San José: FLACSO), n° 17.